

El gigante brasileño



Entre lo realizado y lo pendiente, el país vecino se prepara para una nueva gestión de gobierno. La mistificación de la campaña y el moralismo mediático.



FOTOREUTERS

» Por Ariel Goldstein

Becario del Conicet en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC).

Una contienda electoral puede pensarse como un momento de disputa entre propuestas y discursos opuestos que se define cuando hablan los números, pero también puede entenderse como expresión de procesos de carácter más duradero, que trascienden la propia coyuntura de la cual emergen los resultados. El inicio de la campaña electoral en Brasil estuvo marcado por la inesperada muerte de Eduardo Campos, ex gobernador de Pernambuco y candidato presidencial, en un trágico accidente aéreo. Las muertes políticas en un contexto de elecciones próximas tienen efectos difíciles de predecir. En ocasiones benefician a quienes son capaces de proclamar, por lazos de distinto tipo, de parentesco o afectivos/ideológicos, una cercanía como “herederos” del linaje del fallecido, capitalizando la emotividad popular que se despierta a partir de su muerte. La muerte de Campos, nieto del caudillo progresista del Nordeste Miguel Arraes -no tan conocido hasta entonces a nivel nacional- brindó a Marina Silva, su compañera de fórmula a la vicepresidencia -que en principio había descartado aspirar a la presidencia ya que debió ingresar en el PSB por carecer de una estructura partidaria propia-, la posibilidad de generar una “mistificación” de la campaña, una especie de legado que ella “recibe” y transforma por medio de la incorporación del dolor en fortaleza. La frase “no vamos a desistir de Brasil”, pronunciada por Campos en su última aparición mediática antes de su muerte, fue incorporada como pieza de la estrategia de marketing electoral de Marina. La candidata se encargó también de dar signos al establishment de que ejecutaría una política más afín que la de los gobiernos de hegemonía petista a sus intereses, adoptando la defensa de la independencia del Banco Central, así como a un candidato a vicepresidente ligado al agro-negocio.

En este contexto, el establishment demostró su pretensión de desplazar el intervencionismo estatal que ha caracterizado al gobierno de Dilma. El candidato ideal, para estos sectores, es quien pueda desplazar al PT del poder. Tal como señala el politólogo brasileño André Singer, aunque pasible de ser caracterizado como un “reformismo débil” y de que, como explicitó Lula, “nunca antes los banqueros ganaron tanto” como en su gobierno, el “lulismo” no responde a los intereses inmediatos del proyecto financiero conservador. Prueba de este rechazo del establishment al gobierno es que, ante el ascenso de las posibilidades de Marina, subieron las acciones de Petrobras y la Bolsa de San Pablo. Luego sucedió lo mismo con las proyecciones sobre Aécio Neves, el candidato del PSDB.

Dos mitos en disputa

El resultado en primera vuelta excluyó terceras opciones como Marina Silva, que manifestó inconsistencias en el tramo final de la campaña, y se reprodujo la polarización “tradicional” desde 1994, donde se enfrentan el PSDB contra el PT. A pesar de la continuidad de esta reiterada polarización, con el paso de los años, las aristas que asumen estos clivajes se van reconfigurando a la luz de las transformaciones que experimenta la sociedad.

Durante esta elección, el ex presidente Lula ha aparecido como el gran elector, donde no fue criticado ni por Aécio Neves ni por Marina Silva. Incluso en la publicidad del horario gratuito de segunda vuelta, Aécio centra su crítica en el gobierno “desde 2010”, sin mencionar al gobierno de Lula. El 50% de aprobación del ex mandatario lo convierte en un jugador decisivo en estas elecciones. Ya en 2010, luego de retirarse con el 80% de aprobación, la activa militancia del ex presidente permitió que una candidata con bajo nivel de conocimiento como Dilma y no orgánica del PT se proclamara presidenta de la república.

El carácter mítico de la figura ➤



de Lula, mito de la “democratización social del poder político”, del niño que se crió en la miseria nordestina y a partir de su militancia sindical en San Pablo consiguió transformarse en presidente de un país hasta entonces gobernado por las elites ilustradas, se ha tornado difícil de cuestionar. Marina Silva también encarna ese mito: analfabeta hasta los 16 años, su trayectoria como activista del caucho en la Amazonia y su militancia en el PT la hacen comparable en este sentido al ex presidente. Que el mito de Lula haya cristalizado en la conciencia colectiva y se vuelva parte de un país de tradición elitista en la política como lo es Brasil no resulta un dato menor.

Aécio Neves, por el contrario, encarna el mito de la política “heredada”, la preparación y la experiencia que vienen ligadas a su pertenencia a una familia política tradicional, como

nieto de Tancredo Neves, el notable político de Minas Gerais que fue ministro de Justicia en el segundo gobierno de Getúlio Vargas y primer presidente fallecido antes de asumir en la transición democrática.

Esta elección, donde la nota característica es la polarización entre el Nordeste, que ha tenido altos niveles de crecimiento en los últimos años y se ha beneficiado por políticas sociales como el Bolsa Familia, y el Sur rico de estados como Paraná y Santa Catarina, que votaron masivamente por Neves, expresa justamente esta conflictividad entre dos mitos. En la primera vuelta, en lugares como Santa Catarina, estado del Sur, como la localidad de Benedito Novo, Aécio Neves sacó 77%. Mientras que en estados del Nordeste como Piauí -el más pobre de Brasil- y Ceará, Dilma sacó porcentajes cercanos al 80% -como en la localidad de Campi-

nas do Piauí, con 88%. El mito del privilegio, la tradición y el poder de las elites, encarnado en la figura de Aécio Neves, se enfrenta al de la movilidad social ascendente, que encarnan Lula y Dilma. El país se encuentra, desde 2006 y cada vez en forma más notoria, dividido entre preferencias nítidamente opuestas.

El legado de las manifestaciones y los desafíos hacia el futuro

En junio de 2013, una serie de manifestaciones irrumpieron de forma sorpresiva exigiendo puntualmente la reducción del boleto del transporte público en San Pablo y luego derivaron hacia demandas más amplias en importantes ciudades del país, apuntando a las ineficiencias varias de los servicios públicos y a la represión policial, generándose la emergencia de nue-



►Durante esta elección, el ex presidente Lula ha aparecido como el gran elector, donde no fue criticado ni por Aécio Neves ni por Marina Silva.

vas expresiones ciudadanas. Las mismas brindaron las condiciones de posibilidad para un cuestionamiento de la polaridad propia del sistema de partidos instituido (PSDB/PT) y la emergencia de terceras opciones denunciando la “falsa polarización”. Para Dilma, por estar al frente del gobierno federal, es complejo absorber el legado de las manifestaciones. Si por un lado es quien ideológicamente mejor puede capitalizar reivindicaciones que se sitúan a grandes rasgos a la izquierda del espectro político, por el otro el ser la figura de gobierno la coloca como parte de lo “establecido” y blanco de las protestas. Sin embargo, inteligentemente ha centrado su publicidad de campaña sobre el lema del cambio en Brasil, tema que ha estado presente desde las elecciones de 2002, y debe estar más ahora en las expectativas de los votantes luego de lo suce-

dido en 2013. Sin dudas que para Neves será más difícil de lo que lo era para Marina encabezar una idea de cambio, dada su pertenencia al partido del ex presidente Fernando Henrique Cardoso, que terminó su gobierno con altos índices de desempleo y una difícil situación económica. En este punto, la polarización con Neves es favorable al PT, pues coloca en términos funcionales al gobierno: privatizaciones vs. intervención estatal, contraponiendo el gobierno de FHC al gobierno de Lula y sus realizaciones sociales.

Sin embargo, las manifestaciones de junio marcaron un límite a la alianza social desarrollista del período 2003-2013, dando cuenta de las tensiones que experimenta el pacto social construido en estos doce años de gobiernos de hegemonía del PT, entre las expectativas creadas y las realizaciones efectivas, en un contexto de economía de bajo crecimiento e inflación creciente. Por eso, un eventual nuevo gobierno de Dilma deberá redefinir las alianzas sociales para dar sentido a la palabra “cambio”. En este aspecto se expresó el líder del MST, João Pedro Stédile, una especie de “reserva ideológica” de la izquierda que apoya al gobierno, criticado ferozmente por la prensa conservadora del país, líder de un movimiento que ha estado en tensión con Lula y más con Dilma, por la lentitud en la entrega de tierras y la falta de realización de una “reforma agraria”. Stédile señala con conocimiento que un eventual segundo gobierno de Dilma deberá avanzar con mayor velocidad en las reformas, pasando del reformismo débil a un reformismo más fuerte. Por supuesto, esto es difícil en un contexto de economía de bajo crecimiento (hay menos para redistribuir) y además se corre el riesgo de que el pacto desarrollista entre en tensiones profundas en una sociedad muy desigual y dividida sobre el curso que los mencionados “cambios” deben tomar. Pero la continuidad en el camino de la reforma débil y conservadora también supone riesgos. Como dice Stédile, un futuro gobierno de Dilma “deberá cambiar alianzas porque el ►

El desafío frente a los medios

Los mercados y varios influyentes columnistas y editorialistas de los medios de prensa quisieron situar a Marina como la auténtica alternativa frente a Dilma, relegando a la opción más directa de la derecha económica, Aécio Neves, candidato del PSDB, en la disputa durante la campaña de la primera vuelta.

Los medios buscaron introducir un “candidato revelación” en una disputa que parecía en principio predefinida, posiblemente con la pretensión de incrementar su incidencia en la definición de los temas de la agenda pública. En este juego entre lo ideológico y lo comercial posiblemente se han movido gran parte de los medios brasileños.

Como ya ha sucedido en elecciones previas, los medios conservadores han sido críticos en esta campaña con el gobierno, apuntando contra Dilma a partir de la construcción de un affaire relacionado con una compra que habría tenido sobrepagos por parte de Petrobras, prueba de la “ineficiencia” y la “corrupción” que serían propios de la gestión de la presidenta. Este discurso en contra de la corrupción, además, se articula con sentimientos de los sectores medios, vinculados a su rechazo a la extensión de derechos sociales de los gobiernos de hegemonía petista, aspecto que aparece reformulado en una idea aceptable para la clase media: “¡basta de corrupción!”. Es decir, resulta difícil defender públicamente que se está contra los derechos sociales, pero esto no es así con la corrupción. El moralismo anticorrupción, en definitiva, opera como una redefinición aceptable para permitir a los sectores medios desestimar los logros del gobierno brasileño en su conjunto. ◀



Uno de los desafíos del próximo gobierno brasileño es la realización de la llamada “Reforma Política”, que pondría fin al financiamiento privado de las campañas políticas.

programa neodesarrollista dejó de ser viable y por eso parte de la burguesía que la apoyó ahora está con Aécio o Marina (...). El próximo gobierno será un período de disputas y si Dilma no opta por una inflexión clara hacia el cambio tendremos cuatro años de crisis políticas e inestabilidad” (*Página 12*, 03/10/2014). La presidenta Dilma estará obligada, luego de doce años de gobiernos de hegemonía del PT, a implementar una agenda de políticas de “segunda generación”. Sin embargo, un aumento del ímpetu reformista podría generar tensiones con los representantes de los sectores dominantes y aliados conservadores como el PMDB en el Congreso, que resistirían en mayor medida las “amenazas” de reforma. Será un equilibrio difícil de sostener entre las fuerzas aliadas y las corporaciones empresariales que traccionan por el continuismo, y aquellos sectores que demandan cambios acelerados, que son la principal fuente de legitimidad pública del gobierno, los votantes, el PT y los movimientos progresistas.

Uno de los desafíos de Dilma en un

nuevo gobierno de hegemonía del PT es la realización de la llamada “Reforma Política”, que supondría acabar con el financiamiento privado de las campañas políticas, lo cual da origen a casos de corrupción y condiciona a los partidos. Dilma ya lanzó esta idea luego de las manifestaciones de junio de 2013, pero no obstante la clase política y el PMDB apostaron al reflujo de las demandas y la misma desapareció del horizonte. Para este nuevo gobierno, Dilma tendría una composición más conservadora del Congreso, con 70 diputados del PT, mientras que en la elección de 2010 tenía 88, por lo cual si ya antes era difícil la realización de una reforma en este sentido, ahora lo será más. Lo mismo puede decirse de algún tipo de regulación en la propiedad de los medios de comunicación, tema que ha sido en reiteradas ocasiones mencionado por Lula durante este período de elecciones. La campaña electoral de 2014 ha demostrado el antipetismo de ciertos medios conservadores, que han utilizado las denuncias de corrupción de un modo instrumental para desgastar al gobierno. Sin embargo, el “coro-

nelismo electrónico”, concepto utilizado para caracterizar la articulación existente desde la transición democrática entre los intereses de las elites regionales como poseedoras de licencias de radiodifusión, dificultará mucho esta tarea. El problema del PT es que, a diferencia de otros procesos políticos de la región, no ha salido en forma contundente a disputar el sentido común construido por los medios de comunicación dominantes sobre determinados temas. Es por ello que Emir Sader, el sociólogo brasileño, caracterizó la política de comunicación del gobierno en estos doce años como “desastrosa”, y considera como el “mayor error” no haber avanzado en la “democratización de los medios de comunicación” (*Carta Maior*, 11/10/2014).

En definitiva, el gobierno brasileño tiene desafíos mayúsculos por delante en un futuro mandato. Deberá transformar resortes clave de la política que afectan a intereses poderosos para mantener viva la esperanza del cambio social, en una sociedad que emergerá de las urnas polarizada y con visiones del mundo opuestas. ◀